

FENOMENOLOGIA DE LA ESPERANZA EN GABRIEL MARCEL

Juan Sobrino, S. J.
Doctor en Filosofía.

II.

En Octubre pasado publicamos la primera parte de este estudio. Hoy se continúa esta interesante disquisición hasta dar cima a lo que este notable existencialista francés considera se debe entender por "esperanza".

¿QUE ES LA ESPERANZA?

Habiendo aclarado ya la distinción entre persona e individuo podemos proceder ahora a analizar fenomenológicamente con Marcel el acto de esperar. Empecemos con un ejemplo de nuestra vida cotidiana. Imaginemos un muchacho universitario que se va a presentar a los exámenes de final de carrera. De este examen depende no solamente su título, sino también, hasta cierto punto, su posición social, el bienestar de sus ancianos padres, y quizás su matrimonio. Es natural que digamos que ese muchacho tiene esperanza de aprobar el examen.

Si ese universitario es sólo un individuo, en el sentido ya explicado, puede ser que sea optimista, puede ser que tenga una convicción firme, o un sentimiento vago de que al final todo saldrá bien. El tiene un deseo; ha planeado su vida alrededor de sí mismo: sus padres, su esposa, su posición social. Esto no es ciertamente reprochable, pero representa un enfoque atomizado de la realidad. Como el estoico, está dispuesto a hacer ciertos sacrificios y cae en la cuenta de la importancia de los otros en su vida, pero nunca se ha decidido a entregarse de verdad al mundo de los otros. Por eso, su optimismo al llegar al examen se ha concentrado para él efectivamente en dos polos: él y su examen. Su optimismo, si lo tiene, permanece en la provincia del yo.¹ Parece que el resto de la realidad le está mirando a ver si aprueba el examen o no, pero le mira como un espectador, para felicitarlo como un cumplido, si aprueba, o para darle cortésmente el pésame si le aplazan. Pero la realidad para el individuo no es parte esencial de su acción. A lo sumo la realidad le garantiza al individuo que no se interpondrá en su camino. Esta es la razón por la que el individuo se siente solo. Y ésta es la razón por la que puede desesperar. Individuo y desesperación son términos correlativos.

Veamos ahora cómo enfoca el mismo examen la persona.² Ante todo él está convencido de que no va sólo al examen. Todo y todos están con él. La pluma con que escribe, el tiempo que emplea en resolver sus problemas, los examinadores, la muchacha con

quien se va a casar, aun gente que viven a miles de kilómetros a quienes no conoce ni conocerá, todos están con él. El tiene la convicción de que una buena acción no es una acción que se hace aisladamente. Una buena acción participa de algo absoluto a lo que es imposible que algo o alguien se oponga. Ese dinamismo de la bondad del ser, de que hablamos más arriba, se convierte en el plano de la bondad moral en algo radical que hace tautológico añadir que el hombre, cuando ejecuta una buena acción, tiene esperanza. Por eso, el hombre de esperanza propiamente no se preocupa de resultados. El examen podrá salir mal, pero él no puede fracasar.

Esperanza y desesperación.

Así como no puede fracasar, el hombre de esperanza tampoco puede desesperar. "La desesperación es, en cierto sentido, la conciencia del tiempo como cerrado —o más exactamente todavía, del tiempo como prisión— mientras que la esperanza se presenta como abierta a través del tiempo."³ El individuo sabe si ha triunfado o no en su examen cuando le dan las notas. La persona sabe que ha triunfado en el momento mismo de ir al examen. La esperanza en sí no tiene que ver con el tiempo, con el futuro, sino que es un perpetuo reconocimiento de que la bondad debe ser y la maldad no.

Este aspecto radical de la esperanza, como de cualquier acto auténticamente humano, que trasciende el tiempo, hace que la persona no pueda desesperar. Hay que notar que la esperanza no consiste en vencer una que otra tentación de desesperación, sino en la profunda seguridad de que ninguna tentación nos hará desesperar. En otras palabras, la esperanza es el reconocimiento de que yo soy una persona y nunca me convertiré en individuo. En un lenguaje más metafísico, la esperanza, la superación radical de la tentación de la desesperación,⁴ consiste en afirmar la exigencia de la bondad del ser.

La negación absoluta y efectiva de esta bondad de que hablamos es el suicidio. Desde el punto de vista que hemos tomado, el suicidio es el acto por el que el individuo quiere negar que es también persona, por el que

desafía a todo el que cree en la bondad y la posibilidad de comunicar esa bondad.

Para el hombre que espera, el suicidio es inconcebible, por razones distintas a las que podría tener un individuo. La persona puede pensar en un suicidio del cuerpo, por decirlo así, de modo que las relaciones espacio-temporales con otras personas desaparecen. Pero no puede concebir un suicidio real, el suicidio del espíritu, de su persona, porque ve que su persona está hecha no sólo de sí mismo sino de todos y todo lo que le rodea. Tendría que destruir todos los seres antes de poder cometer un suicidio "verdadero".

Y sin embargo esa posibilidad es real. Así como el misterio del pecado se puede resumir en la posibilidad de la persona en convertirse, totalmente en individuo, al menos en su intención, el suicidio es el misterio, ignorando ahora el problema subjetivo del que lo comete, de querer afirmar absoluta y radicalmente nuestra realidad como individuos puros, "la posibilidad de una negación espiritual del yo, o lo que viene a ser lo mismo, de una afirmación del yo, impía y demoníaca, que no es sino el rechazo radical del ser."⁵

Esperanza y paciencia.

En oposición al hombre que se desespera, el hombre de esperanza es paciente. Paciencia y esperanza ambas nacen de una inteligencia del mundo de la participación, en que la existencia es coexistencia o intersubjetividad. Paciencia no es sólo "aguantar a alguien", ni es la indiferencia del estoico que se doblega ante lo inexorable, ni es tampoco el producto de una mente calculadora que ve las desventajas de la impaciencia. La paciencia, según Marcel, debe entenderse en un contexto de participación y unión. "La paciencia con seguridad consiste en no ofender, en no maltratar al otro; más exactamente, en no tratar de substituir por la violencia el ritmo del otro por el ritmo propio."⁶ Y de una manera más positiva, la paciencia consiste en "confiar en un cierto proceso de crecimiento o de maduración."⁷ El hombre paciente reconoce a las personas a su alrededor con su propio modo de vida, con su propio ritmo.

La esperanza consiste entonces no en cambiar el ritmo de los otros para obtener lo que yo quiero, sino en afirmar que esa diferencia de ritmos, de puntos de vista, de actitudes, no interferirá mi camino en busca de lo bueno. Mas aún, todos y todo, sin dejar de ser ellos mismos, sin cambiar su ritmo para complacerme a mí, cooperarán conmigo si lo que yo deseo es bueno.

Puede ser que en la superficie el ritmo de otras personas interfiera con mis proyectos. La esperanza consiste entonces en creer que en el fondo, en la raíz profunda de su ser, ellos también están cooperando conmigo. Esta es la razón por la que no puede haber esperanza cuando "usamos" de otras personas para nuestros propósitos, cuando tratamos de cambiar su ritmo para obtener lo que deseamos. Esperanza es creer que hay un cierto orden en el ser y que nosotros formamos parte de ese orden.⁸ Por eso, "a ese otro no hay que tratarlo como a una cosa desprovista de ritmo autónomo, y que por consiguiente, se podría forzar o plegar a gusto."⁹

No creamos, sin embargo, que la esperanza es solamente una seguridad de que seres dotados de ritmo propio no interferirán con nosotros. La paciencia que integra la esperanza va más allá. No es una indiferencia hacia los otros, un no violar su ritmo de vida. Significa un reconocimiento activo y positivo de que el otro "debe" preservar su ritmo vital. Paradójicamente, aunque otros seres parezcan interferir con nuestros planes, no tenemos esperanza hasta que no cooperemos con ellos a ser lo que son. Esta es esperanza verdadera porque la esperanza no quiere el triunfo del individuo, sino el de todos. Triunfo a expensas de otros no es verdadero triunfo. Por otra parte es verdad que no puede existir el triunfo de una persona sin que al mismo tiempo todos los demás seres hayan triunfado en cierta manera. Marcel resume espléndidamente su estudio sobre la paciencia de este modo:

"La paciencia, en apariencia y si sólo se consulta la etimología, es simplemente un dejar hacer, o un dejar estar; pero por poco que se lleve adelante el análisis, se descubre que ese dejar hacer o ese dejar estar, porque se sitúa más allá de la indiferencia y porque implica un sutil respeto de la duración o de la cadencia vital propia del otro, tiende a ejercer sobre este último una acción transformadora análoga a la que a veces recompensa a la caridad."¹⁰

Esperar y esperar qué.

Hasta ahora hemos descrito la esperanza por medio de una serie de dualismos que nos dan quizás cierta luz para entender lo que es la verdadera esperanza: persona e individuo, aislamiento y participación, indiferencia y paciencia, ambición y esperanza. Marcel resume todos estos dualismos en la diferencia de actitudes que representan estas dos frases: "yo espero y yo espero que." Esta diferencia de actitudes puede ser mejor entendida si se estudia la actitud religiosa del

hombre que cree simplemente y del que cree ciertas verdades de un modo atomizado.¹¹ En la experiencia religiosa lo verdaderamente importante no es asentir a la verdad de una proposición, sino responder con todo el hombre a la palabra de Dios, cualquiera que sea su contenido. Si queremos creer sólo ciertas verdades nos estamos efectivamente constituyendo a nosotros mismos en jueces últimos en la esfera religiosa; no nos hemos entregado totalmente a Dios; no nos hemos realmente trascendido. Sin embargo, si creemos sin ninguna especificación preconcebida, sin condiciones, entonces reconocemos completamente la transcendencia de Dios.

Lo mismo se puede decir de la esperanza. Si "esperamos que", es decir, si esperamos algo concreto, ya hemos decidido que lo que esperamos es algo absoluto. Sin embargo si "esperamos" simplemente, dejamos el objeto de nuestra esperanza hasta cierto punto indeterminado. Esto es verdad, porque —como ya queda dicho—, la verdadera esperanza no sólo tiene en cuenta sus propios intereses, sino los intereses de los demás. Esa abertura hacia el otro impone un cierto elemento de indeterminación en nuestra esperanza.

La esperanza es un misterio¹² para el hombre que simplemente espera, y se convierte en problema para el hombre que ha decidido el contenido total de lo que va a esperar. "El misterio de la esperanza puede ser ignorado o convertido en problema. Entonces la esperanza es convierte en un deseo que se encierra a sí mismo en juicios ilusorios."¹³ Si esperamos algo concreto y definitivo sin dejar ningún margen a lo desconocido e inesperado, entonces tenemos un deseo, sujeto a análisis y cálculo. Si esperamos de verdad, nuestra esperanza es un misterio no sujeto a cálculo, por la sencilla razón de que cuando esperamos no sabemos exactamente qué es lo que queremos. La esperanza siempre tiene una abertura a lo desconocido que hace imposible que se convierta en un simple deseo, en un problema.

Esperanza y sencillez.

El hombre que espera no es exigente. Sabe que recibirá, aunque no exija. El hombre que ambiciona está exigiendo algo como si fuera suyo. Para Marcel el exigir es ajeno a la esperanza. En cierto modo es la destrucción del mundo de participación y la creación del mundo del individuo.

"La esperanza presenta la originalidad y, agregaría, la dignidad soberana de no reivindicar, de no arrogarse derechos. Es lícito evocar aquí por analogía la situación de un ser que espera un beneficio, un don de otro ser, pero sólo de la liberalidad de

éste, siendo el primero en proclamar que esa gracia pedida es una gracia, es decir, precisamente lo contrario de una obligación por cumplir."¹⁴

Esta no exigencia de la esperanza es uno de los factores que Marcel se complace en repetir. La esperanza es humilde, más aun, es virgen. Reside en las almas de ojos limpios, en el hombre que a pesar de la dureza de la vida todavía mantiene una actitud como de niño inocente. "Parece que la esperanza está ligada siempre a cierto pudor, a cierta virginidad con respecto a la existencia: es propia de las almas que no han sido enmohecidas por la vida."¹⁵ La esperanza es silenciosa y modesta; no confía en su autosuficiencia; no nace de los recursos del yo. "Metafísicamente hablando, la única genuina esperanza es la que no depende de nosotros, esperanza que nace de humildad y no de orgullo."¹⁶

Esta humildad del hombre de esperanza no debe tomarse en el sentido de cierta apatía o pereza espiritual. La esperanza es la oposición de la apatía, porque ésta supone no solamente la inhabilidad de obtener alguna cosa, sino cierta desconfianza hacia otros y hacia el mundo en general. En la apatía "hay inmovilización de vida; podemos decir que la vida se ha congelado."¹⁷

Hemos dicho más arriba que la esperanza no es exigente con respecto a "qué" es lo que voy a conseguir. Sin embargo es atrevida y fuerte porque confía en el triunfo no de un bien particular, sino el del bien en general. Por ello, aunque la esperanza no cuenta con sus propios recursos, tiene todo el valor del profeta que predica no "su" causa, sino una causa superior, de cuyo triunfo no puede dudar. "El hombre de esperanza proclama que este mundo llegará a existir; ahí está el carácter profético de la esperanza."¹⁸

Hay algo en la esperanza que exige la existencia.¹⁹ Esta es una característica de cualquier valor, ya sea un valor sensible, estético, intelectual o moral. El poema en la mente del poeta o la sinfonía en la mente del artista exigen en cierto modo la existencia. Aunque nadie vaya a leer el poema o escuchar la sinfonía, el artista siente la urgencia creativa de poner en existencia lo que en sí tiene valor.

Este carácter existencial del valor, cualquiera que sea, se presenta de una manera incondicional en el valor moral. En el orden moral el valor se muestra como exigiendo sin condiciones, radicalmente. De esta radicalidad participa la esperanza por ser genuinamente un acto moral, y aquí está también —se nos ocurre— la explicación a su valor profético. El hombre de esperanza sabe que la bondad es por naturaleza difusiva. El sabe

que no puede haber obstáculos que puedan frustrar lo bueno de una acción. Nótese que no decimos que una acción no pueda ser frustrada, sino "lo bueno" que hay en ella, que por ser de un orden transcendente —el orden moral— escapa a las contingencias históricas. Cuando Marcel nos dice que "lo que caracteriza a la esperanza es el movimiento mismo por el cual ella recusa el testimonio en cuyo nombre se pretendía recusarla", no nos está proponiendo una esperanza irracional, sino una esperanza basada en una metafísica del ser, de una existencia rica que es la cristalización de valores, exigiendo siempre una nueva existencialización de valores. Cuando el ser se despliega en su dimensión moral la realización del valor moral es paradójica. Por una parte no se puede medir como los otros valores no morales ni confundir con sus manifestaciones de otro orden, como el valor recompensa o valor castigo que siguen a la acción moral. Por otra parte el valor moral, por ser de un orden espiritual transcendente, se nos presenta de tal modo que no podemos dudar de su existencia. Esa convicción profunda del hombre moral de que una buena acción no puede ser desperdiciada aunque los "resultados" no los podamos medir, sino que haya que situarlos en un mundo transcendente que nos envuelve y penetra siempre con un dejo de interrogante, eso es la esperanza.

La esperanza y el tiempo.

Uno de los temas de mayor actualidad en filosofía, debido a la influencia de las corrientes evolucionistas de todo tipo y a la proliferación de filosofías de la historia, es el tema del tiempo. Como es obvio no se puede hablar mucho de la esperanza sin mencionar este problema. Debemos aclarar ante todo que la noción del tiempo de la que nos habla Marcel no es el tiempo aristotélico, tiempo-medida, ni el tiempo newtoniano, tiempo-envase, ni el tiempo kantiano, tiempo-forma. No es que Marcel niegue la validez de esas consideraciones acerca del tiempo, que sin duda son necesarias al hablar de un ser que vive "en" el tiempo. Pero el espíritu humano no vive sólo en el tiempo; los actos morales tienen su raíz fuera del tiempo, siendo éste necesario solamente para llevar a cabo la externalización espacio-temporal del acto espiritual. El tiempo, en este sentido, no contiene a las acciones humanas, como el tiempo y espacio newtonianos contienen el movimiento de un proyectil. Por el contrario, las acciones humanas contienen el tiempo, o por decirlo de otro modo, crean el tiempo, precisamente para que puedan ser acciones espirituales "humanas" y no puramente acciones espirituales.²⁰

Nos encontramos pues ante la dialéctica de una atemporalidad del acto espiritual que da lugar a un tiempo para manifestarse "externamente", "humanamente"—éste es el misterio del espíritu encarnado— en el que perduran las consecuencias visibles del acto espiritual. Nos parece que no debemos perder de vista estos dos aspectos del problema del tiempo para entender la esperanza. El hombre de esperanza existe en cierto modo más allá del tiempo presente. Ese más allá es en primer lugar la atemporalidad transcendente del orden espiritual, y en segundo lugar es un futuro que el espíritu encarnado necesita para difundir su bondad.

Fundamentalmente, pues, la esperanza abstrae del tiempo. Como ya hemos dicho más arriba, el hombre de esperanza no espera a obtener resultados para ver si su esperanza ha sido satisfecha. El sabe que ya ha triunfado en el momento que hace un acto de verdadera esperanza, porque fundamentalmente ha salido de la contingencia histórica. "La apreciación de que hablamos (la esperanza) es algo diferente de una simple anotación; en verdad, tiende a constituirse en todo momento en un juicio global válido "ubique et semper", y que transcende, por consiguiente, infinitamente, todo lo que sólo podría aplicarse al "hic et nunc."²¹

Si tenemos en cuenta la segunda dimensión del problema del tiempo, la esperanza se convierte en la seguridad de que siempre habrá un presente, en el cual podamos desear lo que es bueno. Es la paradoja de esperar que siempre habrá un tiempo en que nos sea posible transcender al tiempo.

En el pensamiento de Marcel la esperanza no sólo abstrae del tiempo, en la manera explicada, sino que es un desafío al tiempo por lo que éste implica de división. El desafío del poder de unión del espíritu al poder de desunión de la materia. El tiempo sugiere separación, esperanza indica unión. Tanto es así que Marcel llega a decir hiperbólicamente que la esperanza es "la memoria del futuro". "Podría decirse también que si el tiempo es por esencia separación, y una perpetua disyunción de uno con respecto a sí mismo, la esperanza tiende, por lo contrario, a la reunión, al recogimiento, a la reconciliación; por eso, y sólo por eso, es como una memoria del futuro."²²

En el movimiento dialéctico del que hemos hablado la esperanza desafía al tiempo para tener que contar con él de nuevo. Desde ese punto de vista el tiempo es abertura para el hombre de esperanza, mientras que es prisión para el hombre que desespera.

"En presencia de la prueba particular, cualquiera que sea, a la cual tendré que hacer frente, y que no será jamás otra cosa que una especificación de la prueba humana en general, siempre estaré expuesto a la tentación de cerrarme sobre sí mismo, y a la vez, de cerrar el tiempo sobre mí, como si el porvenir, drenado de su sustancia y de su misterio, debiera ser el lugar de repetición pura, como si no sé qué mecánica desarreglada debiera proseguir allí un funcionamiento sin tregua que ya no estaría presidido por ninguna intención animadora. Pero un porvenir así desvitalizado no sería ya un porvenir para mí ni para nadie, sería más bien una nada de porvenir."²³

La esperanza no se funda en un futuro que es una "nada de porvenir". La esperanza se funda en la certitud de que el ser es inseparable de la exigencia del ser, de que los valores exigen la existencia. Así para el hombre de esperanza el futuro es la seguridad de que siempre habrá un presente en que pueda dedicarse al bien. Es la seguridad de que la participación en la bondad del ser no está ceñida al tiempo. La esperanza es la convicción de que siempre habrá una oportunidad de re-crearnos a nosotros mismos y responder en cada momento a las exigencias del ser.

Esperanza y oración.

Acabamos de ver de una manera negativa la transcendencia de la esperanza, precisamente porque "no" se apoya en el tiempo. Sin embargo este análisis de la transcendencia no es satisfactorio en sí, si no apunta a otra realidad eminentemente positiva. Esta realidad es en primer lugar una unión misteriosa entre los hombres, que no es sólo la suma de "yos" sino algo superior, ante lo cual el yo se siente a la vez responsable y confiado. Esta realidad fundamental, enraizada en la ontología, se nos presenta a nuestra conciencia como un sentimiento más o menos vago de unión del que ya tenemos un conocimiento preliminar. De esta vivencia de la intersubjetividad de los hombres nace que "el esperar no pueda ser sino esperar para nosotros —para todos nosotros. Es un acto que de algún modo abraza en sí mismo la comunidad que yo formo con todos aquellos que han participado en mi aventura."²⁴ La esperanza es una especie de bienvenida espiritual hacia los otros, que no sabe de exclusiones, que se opone a todo ostracismo.

Este carácter universal, verdaderamente católico, de la esperanza hace que la esperanza últimamente no pueda explicarse en

términos de mi "yo" o de una suma de "yos". "La esperanza tiene alcance no sólo sobre lo que está en mí, sobre lo que pertenece a mi vida interior, sino especialmente sobre lo que se presenta como independiente de mi acción posible."²⁵ Esa transcendencia universal de personas, tiempos y deseos, la imposibilidad de explicar esa urgencia creadora, apunta a un ser transcendente. Aun sin saberlo, cuando esperamos genuinamente, estamos apelando, más o menos implícitamente, a un ser que es todo poder, toda justicia y todo amor. Una negación de ese ser deja a la esperanza sin una explicación de su movimiento existencial, no sólo de sus notas esenciales.

"Todavía falta señalar decididamente cuál es el único resorte posible de esa esperanza absoluta. Ella se presenta como respuesta de la creatura al ser infinito al cual tiene conciencia de deber todo lo que es y al cual no puede sin escándalo poner una condición, cualquiera que sea... ¿Qué sería en esta perspectiva desesperar sino declarar que Dios se ha retirado de mí? Aparte de que semejante acusación no es compatible con la posición del Tú absoluto, se puede observar que, al proferirla, me atribuyo ilegítimamente una realidad distinta que no podría pertenecerme."²⁶

La esperanza tiene un carácter religioso. Cuando esperamos nos fortalecemos y cuando desesperamos nos debilitamos, dejamos escapar unas como ataduras que nos unen a la realidad. Esas ataduras tienen, para Marcel, un sentido religioso. Por eso la esperanza se convierte en oración. Es verdad que cuando oramos podemos pedir, más o menos conscientemente, algo concreto. Sin embargo no estamos ahora interesados en el contenido de nuestra oración, sino en la actitud del alma que hace la oración posible. "El espíritu de oración, me parece, puede ser definido negativamente como el vencimiento de una tentación; y la tentación consiste en cerrarse dentro de sí mismo en orgullo o desesperación, dos cosas que están estrechamente unidas."²⁷

La oración se hace en un espíritu de participación. La persona que ora nunca ora sola. Si ora sola oraría ante sí misma, no ante Dios. La oración se hace más y más pura cuanto más oramos con otros. Este orar con otros no es una consideración espacial sino una exigencia del ser espiritual. El hombre que ora "solo" está convirtiendo la esperanza en ambición. Orar con otros, por supuesto, no supone una tensión psicológica que tiene que representarse imaginativa o intelectualmente esa unión. Indica principalmente una actitud de disponibilidad. "La ora-

ción es posible sólo cuando esa intersubjetividad es reconocida y es operativa.”²⁸

Orar no es pedir, del mismo modo que la esperanza no es deseo. El hombre que ora, en oposición al hombre que pide, sabe que su oración ha sido escuchada. El hombre que pide tiene que ver los resultados. “La oración, a diferencia de la petición, contiene en sí misma su respuesta... La verdad es que la oración cuando es pura no se puede pensar que haya quedado sin ser oída. Lo que queda totalmente excluido es la posibilidad de que nuestra oración pueda ser tratada como si no hubiese sido hecha.”²⁹

La fe en un Dios bueno y justo es pues necesaria, es necesaria para cambiar el deseo en esperanza. Esta es una relación entre dos personas. Si la esperanza del hombre tiene algún significado tiene que referirse a un Otro. Mas aún: el hombre sabe que su esperanza es pura precisamente porque existe un Otro que le mueve a esperar.

La esperanza: amor en el tiempo.

Hemos llegado al final de nuestro estudio y todavía no se vislumbra una definición clara de la esperanza. Hemos descrito varios de sus aspectos, pero ninguno de ellos nos da toda la realidad de la esperanza. Esto, sin embargo, es inherente al método fenomenológico.

Basados en las observaciones de Marcel, podemos brevemente localizar la esperanza en un plano metafísico. Ignorando el problema teológico, podemos decir que la esperanza no es fundamentalmente otra cosa que el amor. Lo que la esperanza añade al amor es su historicidad. Podríamos decir que la ley básica de todo ser, creado o increado, es la adherencia a la bondad, eso que los grandes teólogos medievales querían poner de relieve cuando hablaban de la finalidad.³⁰ En los seres limitados históricos, esa adherencia implica un proceso, un luchar por adherirse a la bondad. Esta es —se nos ocurre— una de las razones del éxito de las filosofías de tipo evolucionista que tratan de explicar, al menos en el nivel de lo material, esa lucha por mejorarse, ese élan de que habla Bergson. En los seres espirituales ese élan es el amor, tema que se ha repetido en la filosofía, aunque de maneras distintas, desde el amor que Platón describe en su Banquete hasta el “esse” de Santo Tomás, explicado hoy por Maritain, de Finance, Geiger y muchos otros.³¹

El amor en los seres limitados tiene pues una nueva dimensión: la historicidad. Nuestro amor es temporal. La esperanza desde este punto de vista es el amor-en-el-tiempo.³² Al decir esto queremos evitar toda definición facilitona y queremos que el lector reflexione en ese elemento de interrogación

que integra el amor humano, y, como humano, limitado. Dos jóvenes que se aman no saben a ciencia cierta qué va a suceder dentro de unos años, cómo estará su familia, su salud, belleza, etc. Amar así, abrazando la incógnita del tiempo, creyendo que el amor está sobre las contingencias del tiempo, ese tipo de amor es la esperanza.

La esperanza es pues una dimensión transcendental del ser espiritual histórico. El elemento relacionado con su “ser”, aspecto positivo, el amor, eso perdura; mientras que su relación al tiempo, elemento de limitación, ese desaparecerá. Como dice S. Pablo: “Ahora permanecen tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad.”³³

* * *

Para terminar este estudio vamos a dar unas como definiciones tomadas de Marcel. Si la esperanza es considerada como una liberación, entonces consiste en “tener dentro de mí la seguridad de que, aunque las cosas se oscurezcan, esta situación presente intolerable no puede ser final, tiene que haber una solución.”³⁴

Como disposición del sujeto, la esperanza es “la disponibilidad de un alma comprometida en una experiencia de comunión tan íntimamente como para cumplir el acto que trasciende la oposición entre el querer y el conocer, por el cual ella afirma la perennidad viviente, de la cual esta experiencia ofrece a la vez la prenda y las primicias.”³⁵

Si se tiene en cuenta la raíz ontológica de la esperanza, ésta se convierte en “afirmar que existe en el corazón del ser, más allá de cálculos e inventarios, un principio misterioso que conspira conmigo, que no puede dejar de querer lo que yo quiero, si lo que yo quiero merece ser querido, y es de hecho querido con la totalidad de mi ser.”³⁶

La expresión más adecuada y más elaborada del acto que el verbo esperar traduce de manera todavía confusa y oscura es tal vez: “Espero en Tí para nosotros.”³⁷

La esperanza no es optimismo, no es un deseo obstinado ni la suma total de posibilidades en una situación dada. La esperanza no es apatía, no conoce técnicas, no es tampoco aventurarse o fiarse en la suerte. La esperanza es humilde, se garantiza a sí misma; sus armas son la paciencia, la modestia el candor. La esperanza es metaproblemática, va más allá de la duda, es una afirmación profética. La esperanza presupone disponibilidad y comunidad, no va contra el otro; vive en el nivel del nosotros, no del yo. La esperanza se consume en la presencia de un Tú; no consiste en lanzarse hacia el futuro, sino en retirarse en favor de un absoluto,

(1) *Prolegómenos*, p. 37.

(2) Por supuesto que no hay una distinción clara en la vida real entre la persona y el individuo. Estos dos son tipos límites.

(3) *Ibid.* p. 59.

(4) *Ibid.* p. 41.

(5) *Myst. of beign*. Vol. II., p. 173.

(6) *Prolegómenos*, p. 44.

(7) *Ibid.* p. 44.

(8) No se trata aquí de un orden de ritmos a la manera de Leibnitz y su armonía preestablecida.

(9) *Ibid.* p. 45.

(10) *Ibid.* p. 45.

(11) *Ibid.* p. 37.

(12) *Ibid.* p. 39.

(13) *Phil. of existence*, p. 17.

(14) *Prolegómenos*, p. 61.

(15) *Ibid.* p. 56.

(16) *Phil. of existence*, p. 19.

(17) *Myst. of being*, Vol. II, p. 158.

(18) *Ibid.* p. 160.

(19) Joseph de Finance. *Essai...* pp. 77 - 104

(20) Un pensamiento parecido expresa Von Balthasar cuando hablando de Jesucristo dice que necesitaba tiempo para demostrar como hombre el amor que como Dios tenía al Padre, desde toda la eternidad. "Jesucristo recibe el tiempo a cada instante del Padre. No hay para El un tiempo vacío, que puede ser llenado con un contenido indiferente". (*Theologie de l'histoire*, Librairie Plon, Paris, 1950, p. 40).

(21) *Prolegómenos*, p. 48.

(22) *Ibid.* p. 59.

(23) *Ibid.* p. 66.

(24) *Myst. of being*, p. 171.

(25) *Prolegómenos*, p. 46.

(26) *Ibid.* p. 52. Debemos mencionar aquí que Marcel no trata de "probar" la existencia de Dios a través de la esperanza. Como el Dr. Collins nos dice en su libro *The Existentialists* (Chicago: Henry Regnery Company, 1952) "Marcel no trata de probar la existencia de Dios a la manera tradicional, sino que nos presenta un drama filosófico en el que la persona o reconoce la naturaleza contingente o participada de su existencia o rechaza todo pensamiento de una fuente absoluta del ser." (p. 160).

(27) *The Myst. of being*, p. 105.

(28) *Ibid.* p. 107.

(29) *Ibid.* p. 102.

(30) Véanse por ejemplo las "Quaestiones Disputatae de Veritate" de Santo Tomás.

(31) Por ejemplo, Jacques Maritain, *Existence and the Existent* (Image Books, New York, 1957) v *A Preface to Metaphysics* (A Mentor Omega Book, New York, 1962); Joseph de Finance, *Etre et Agir dans la Philosophie de Saint Thomas* (Librairie éditrice de l'Université Gregorienne, Rome, 1960); Geiger, *La participation dans la philosophie de Saint Thomas* (Paris, 1942).

(32) *Mystery of being*, p. 170.

(33) 1 Cor. 13, 13

(34) *The Myst. of being*, p. 160.

(35) *Prolegómenos*, p. 10.

(36) *Phil. of existence*, p. 16.

(37) *Prolegómenos*, p. 66.

Las Amas de Casa que saben Cocinar prefieren las Estufas

TROPIGAS

- Por su rapidez

- Limpieza

- Sencillas de operar

- Económicas.

Convénzase pidiendo una demostración al

Tel. 4004

Tropical Gas Company, Inc.